

## Qué lugares

FELIPE BENÍTEZ REYES

Todos los bares son distintos, pero todos tienen un factor metafísico común: vamos a ellos sin saber con exactitud a qué vamos a ellos.

Se dirá, y con razón, que vamos a los bares para beber o comer, o para la conjunción de ambas actividades, pero beber y comer son cosas que podemos hacer en casa, de modo que tanto la comida como la bebida pasan a ser motivos secundarios y anecdóticos para plantarnos en cualquier bar que merezca ese nombre. Su parte utilitaria, digamos. El... pretexto.

Porque lo importante no es lo que consumimos allí, sino lo que hacemos y decimos —o dejamos de hacer y de decir— mientras consumimos.

Un bar de verdad es un teatro, con sus comediantes y su público, y quien no entienda eso casi mejor que se vaya a una franquicia, que es menos un teatro que un apeadero de urgencia para meramente consumir, no para dramatizar ni para montar sainetes, que es lo que nos gusta hacer en los bares.

(Muy loco hay que estar para ponerse a profetizar en un Starbucks o en un Burger King el fin inminente del mundo o a censurar la malignidad gestora del Gobierno central o autonómico, pongamos por caso, al quedar reservadas esas tareas al ámbito de los bares tradicionales.)

Pero, antes de nada, apresurémonos a establecer una distinción básica entre bares diurnos, bares vespertinos y bares nocturnos, porque los parámetros cambian si refulge el sol, si cae la tarde o si brilla —hasta donde puede— la luna.

### BARES DIURNOS

Un buen bar diurno es aquel al que uno acude, como imantado, a las claras del día, se supone que para desayunar, pero en el fondo para no sabe qué —según ha quedado establecido al principio de esta disertación—, igual que quien viaja a un lugar desconocido, así vaya todos los días al mismo establecimiento, porque los bares son escenarios fijos, pero con elencos cambiantes, incluso en el caso de que nos reunamos en él los mismos de siempre, la clientela fija y obstinada, y además el guion varía, por muy invariable que sea su esencia, que no es otra que la de las manías gnósticas de cada cual: la vida privada del prójimo, los defectos de las obras públicas llevadas a cabo en el barrio o la amenaza extraterrestre. Según.

En un bar acabamos siendo actores que interpretan un papel variable basado en la improvisación e inspirado sobre todo en el teatro del absurdo: un día nos da por proclamar el remedio infalible y expeditivo para los problemas principales del loco mundo contemporáneo, otro día nos da por filosofar en torno al fútbol o la tauromaquia y al día siguiente nos da la ventolera de discutir con el camarero sobre el punto de cocción del marisco, pongamos por caso, entre otras tareas intelectuales de condición más o menos especulativa.

Bebemos lo de siempre, picamos algo, convidamos tal vez, quizá nos convidan, charlamos con desconocidos habituales, lanzamos al vacío del universo una opinión que aspira a generar una discusión y, si hay suerte, la discusión germina, y ya entonces nos ponemos todos a gesticular, a exponer nuestros argumentos irrefutables y no por ello menos rebatidos, alguien se indigna, alguien sonríe con sarcasmo, y el clímax llega cuando el camarero decide renunciar a los privilegios derivados de estar al otro lado del telón de acero, como si dijésemos, y salta al ruedo del debate: aquello es ya una guerra mundial, con todas las partes metidas en conflicto. Ese es el momento culminante, ya digo, y tal vez el

más arriesgado: el camarero reclama autoridad por ser el camarero, pero la clientela, rebelde, no sólo le niega esa autoridad, sino que se toma a chirigota, por sistema, todo cuanto opine el camarero en cuestión: «¡Tú a lo tuyo!».

(Nabokov se preguntó por el grado de angustia que le creamos a un perro cuando de repente dejamos de jugar con él, pero es posible que nadie se haya preguntado por el grado de desolación que le provocamos a un camarero cuando le rebatimos una suposición abstracta o concreta, y no digamos cuando lo mandamos callar.)

Las cosas eran muy distintas cuando los establecimientos se reservaban el derecho de admisión y cuando se prohibía el cante: hoy en los bares entra todo el que quiere, y todo el que quiere acaba dando, por hache o por be, el cante, aunque no cante. Y hasta tal punto han cambiado las cosas que en nuestros días es más fácil que un cliente ponga en la calle al camarero que al contrario.

Los bares más tradicionales —esos que no han perdido aún su aspecto de taberna medieval, entre flamenca y vikinga, y no han sustituido sus bombillas de luminosidad amarillenta por luces led de nave intergaláctica— suelen disponer de un actor estelar dedicado a molestar al resto de la clientela. Hay quien llega a suponer que se trata de un asalariado del propietario del establecimiento: algo así como el Pepito Grillo de la hostelería, digamos, siempre dispuesto a recalentar las conciencias ajenas y a ejercer la impertinencia para avivar las disputas, ya sea entre los clientes habituales o entre los ocasionales, muy metido él en su papel socrático.

Los bares se han convertido, en fin, en la evolución natural del ágora, que por cierto, y por si a alguien le interesa el dato, tuvo su origen en la Creta minoica.

## BARES VESPERTINOS

Entre las 4 y las 6 de la tarde, aproximadamente, podemos estar en un bar por dos razones fundamentales, dejando a un lado la sinrazón que supone el estar a esas horas en un bar: para la merienda o como prolongación ética del almuerzo. Dicho de otro modo: para tomar un café con cruasán o un ron con cola, un té con un palo de nata o un *gin-tonic*, o lo que cada cual acostumbre ingerir para hechizarse el organismo. (Hay gente, créanme, que consume incluso Cointreau.)

Aquí habría que distinguir, claro está, entre un bar y una cafetería, pues, como sabemos, la cafetería disfruta, al contrario que el bar común, de un halo de respetabilidad y de inocencia, gracias en parte a su nombre, a pesar de que el café también tiene la facultad de hacer de las suyas en el cuerpo humano si se consume sin moderación, y de ahí que a lo largo de la historia haya sido prohibido por mandatarios y clérigos, hasta el punto de que en la Rusia zarista el hecho de tomarte un café podía costarte la vida, y no por el café en sí.

Si estás en una cafetería, lo normal es que compartas espacio con damas solitarias y viudas o con animadas reuniones de viudas que se citan cada tarde para disfrutar de forma conjunta de su viudedad. En los meses fríos, e incluso en los templados, lo normal es que dichas damas se envuelvan el cuello con estolas de piel, al ser la cafetería el sitio idóneo para exhibir esa prenda, lo que da a tales establecimientos un vago aire retrospectivo de comedia de Jacinto Benavente o similar.

Si entras en una cafetería sin una estola de visón o de foca, así seas varón, no sólo resultas sospechoso de algo —de asesino en serie de viudas, por ejemplo—, sino también un intruso, porque todo el mundo advierte que no estás allí para rendir culto al café, sino como poco al coñac o al cubalibre. Y la gente se pregunta: «¿Por qué ese degenerado no está en un bar de mala muerte en vez de en una cafetería respetable?». Se trata, por desgracia, de una pregunta sin respuesta posible —y si la hubiese, casi mejor no saberla.

Como no hace falta decir, y por decirlo todo, no son muchos los bebedores que se animan a profanar las apacibles cafeterías a la hora de la merienda por razones que nada

tienen que ver con la merienda como kantiana cosa en sí. Señalemos, como curiosidad antropológica, que a esas horas vespertinas la clientela de los bares suele estar compuesta por profesionales del lado público de la barra: aquellos, en fin, que desarrollan su vida, a efectos prácticos, y con todas sus consecuencias, ante un camarero, con manifiesto menosprecio del domicilio familiar y de sus ocupantes.

Aquí tenemos el caso, sin ir más lejos en el espacio y en el tiempo, de Rogelio Bonhomo García (1958-2020), natural de Chiclana de la Frontera y profesor de matemáticas, que arruinó su prestigio local por empeñarse en consumir alcohol cada tarde en la cafetería Las Salinas, donde era mirado con desprecio no sólo por la clientela, sino también por los camareros del local, lo que le llevó a publicar a su costa un breve opúsculo con un título muy largo: *De los peligros sociales derivados de consumir en una cafetería cualquier bebida que no tenga el soporte de un platillo y el complemento de una cucharilla*.

Resumiendo: quien está en un bar entre las 4 y las 6 de la tarde sin intención de merendar —y sin estola— es que está huyendo de algo, incluida en ese algo —en casos extremos— la huida de sí mismo.

## BARES NOCTURNOS

Como su nombre indica, los bares nocturnos son aquellos a los que algunos acuden tras haber pasado por los diurnos y por los vespertinos, para así completar una especie de Grand Slam de la hostelería.

Como es lógico, hay personas que se saltan el protocolo y van derechos al bar nocturno, frescos y perfumados, sin cumplir el requisito de pasar por los de las otras dos categorías básicas, pero lo normal es que el bar nocturno sea una desembocadura, la meta de un proceso llevado a cabo a lo largo del día. El mérito estriba, en suma, en esa correlación.

El bar nocturno es el más teatral de todos los bares conocidos, con la peculiaridad de que, gracias al volumen de la música, la clientela representa allí una obra sin palabras, porque nadie te prohíbe hablar, eso no, pero nadie va a oírte, y menos aún escucharte, como consecuencia de lo cual los actores se ven obligados a recurrir a la gestualidad vehemente que caracterizaba a las estrellas del cine mudo: esos ojos saltones, esos rictus vacilones o seductores, esos bailes entre tribales y nupciales para atraer al macho o a la hembra de la especie... Aquello viene a ser, en fin, el bosque melódico de los encantamientos, donde el elfo convive con el fauno, el hada con el dragón, el depredador con la cervatilla y la vampiresa con el funcionario municipal, entre otros subgrupos.

Del bar nocturno suele salirse —a veces a las claras del día— con la promesa de emprender a la mañana siguiente un camino de santidad, pero la promesa suele diluirse al cabo de un par de jornadas laborables, de modo que casi todos los seres humanos, a la altura aproximada del miércoles, están deseosos de que llegue el fin de semana para matarse un poco la salud debajo de unas luces más o menos estroboscópicas.

Por lo demás, habría que hacer una distinción entre bares nocturnos y bares supranocurnos, vulgo *after hours*, por no hablar de esos bares que siguen abiertos —aunque paradójicamente a puerta cerrada— más allá del horario que les permite la ley, ascendiendo así a la esfera de la clandestinidad, pero eso ya sería rizar el rizo de la taxonomía hostelera, y tampoco se trata de llevar el asunto a la exhaustividad clasificatoria.

Sólo añadir que en el bar nocturno tendemos a diluir nuestra identidad en la multitud, y de ahí que, decibelios aparte, casi nadie se anime a dar discursos a nadie, ya que nadie se siente allí como un discípulo divagatorio de Platón, sino en cualquier caso como un siervo dichoso de Dionisos, y eso es lo que viene a marcar la diferencia primordial con el bar diurno.

Eso y el imperio, en fin, de la Luna, con su boyante industria de quimeras.